

2. SUJETO, POESÍA Y ESCRITURA DEL YO

Teorías

Intimidaciones de papel (La escritura poética del yo íntimo)¹

LAURA SCARANO

“La indagación en la intimidad siempre ha sido un compromiso histórico”

Luis García Montero

Es indudable el interés cada vez más creciente de la literatura contemporánea por examinar el universo emocional, aludir al cuerpo y sus vivencias, trazar una retórica de la afectividad y las pasiones, en suma plasmar intimidades en el papel, sin la ingenua pretensión de la reproducción y con una clara lucidez sobre las operaciones ficticias implicadas. La literatura en

¹ Una versión de este artículo forma parte de la Introducción del libro *Sermo intimus. Modulaciones históricas de la intimidad en la poesía española* (2010), titulado “Intimidante intimidad. Etimologías, genealogías, parentescos”. Un primer estudio sobre la intimidad y sus rituales en el discurso literario fue publicado en mi libro *Palabras en el cuerpo. Literatura y experiencia* (2007). Y desarrollé un pormenorizado estado de la cuestión teórica en el artículo de la revista *Celehis* 20 (2009).

sus diversos géneros se complace en exhibirnos “trozos de vida” (“*tranches de vie*”), “experiencias” construidas verbalmente con la pretensión de un “efecto referencial”, de identificación y reconocimiento, en busca de un lector cómplice que se involucre en el juego emocional de las correspondencias. Estas “historias” relatadas nos constituyen desde una mirada “desde abajo” (“*from below*”), en tono menor, siempre implicándonos afectivamente, destacando sentimientos y valores comunes.²

Estos relatos (poéticos, narrativos, autobiográficos, ensayísticos, filmicos), al franquear el umbral y sumergirnos en los ámbitos de la interioridad, parecen proclamar la necesidad de *historizar* la identidad, sacudirla de sus aires fantasmales, imbricando lo público con lo privado, para dotarla de una dimensión social que supere la mera referencia a un individuo singular. Colaboran con la articulación de una escritura del yo íntimo que nos interpela como individuos tanto como sociedad, a través de un abanico completo de posiciones de sujeto que delinean la figura central del arte actual, la de la “persona común” y sus inagotables modulaciones de lo vivencial. Metáforas argumentativas como la de “el hombre gris” (Musil tomado por Michel de Certeau) o “el momento plebeyo” (Gramsci), ofrecen ángulos enriquecedores para indagar la relación actual de literatura y experiencia, desde la óptica de lo cotidiano. Es esa “persona común y corriente”, sobre la que tan bien teorizó el poeta inglés Auden en su inspirador ensayo *La mano del teñidor* (escrito en 1944), cuando afirmaba que el protagonista de la poesía actual “no es el Gran Héroe ni el rebelde romántico, ambos realizadores de hechos extraordinarios, sino el hombre o la mujer que, dentro de cualquier actividad, a pesar de las presiones impersonales de la sociedad actual, logra adquirir y conservar un rostro propio” (1999: 95).

Esa figuración del yo íntimo en el papel se convierte en un punto de intersección, donde una biografía cualquiera se vuelve asunto público, por

² Cada sintagma –“*tranches de vie*”, “*history from below*”– pertenece a diversas líneas disciplinares desarrolladas por la “nueva historia”. Para un análisis de estas configuraciones ver el capítulo 3, titulado “*Había una vez un relato: Historias desde abajo*”, de mi libro *Palabras en el cuerpo* (2007).

el sentido político de comunidad que encarna y por los valores éticos que representa. Como en un escenario, el espectador se ve reflejado aunque diferido, identificado con esa modelización, viéndose vivir a través del otro. La identidad aparece así como un proceso de auto-creación y proyección, un juego de diferencia y repetición, donde se exalta esa ficción de las experiencias de vida en las que vemos inscriptas una manera de ser contemporáneos e históricos (Arfuch, 2002: 253). La verbalización de la intimidad es pues una forma de *modelizar* la vida social; es una puesta en sentido ético y estético, cultural y social que engendra modelos, más que reflejos fotográficos de individuos aislados; configura *vidas de papel* que funcionan como hipótesis plausibles de la inaprensible existencia social encarnada en la interioridad personal.

Ya sabemos que la intimidad que se construye en la literatura y la poesía actual no responde a una ingenua transposición al lenguaje de vivencias y emociones empíricas (psicológicas, cognitivas, históricamente fechadas) de un sujeto, que revelarían su “reino interior” más privado o secreto. Por el contrario, cuando hablamos de su potencial verbalización en el poema, nos referimos a la elaboración de “un relato de la intimidad”, que responde a modelos figurativos de vida, donde conviven mitos sociales, tabúes culturales, esquemas de comportamiento, convenciones y rasgos epocales. En términos filosóficos, sabemos que esta categoría delimita un espacio “espiritual” y “personal” “no material” (Ferrater Mora, 1994: 1892). Exige y reclama ciertas notas como “recogimiento”, “regreso al sí mismo”, “conciencia de sí”, “ensimismamiento”, condiciones que no necesariamente conducen al solipsismo o incomunicabilidad, pues “la intimidad no es, o no es sólo, subjetividad, sino intersubjetividad” (1994: 1893). Pero además uno de sus rasgos distintivos es la capacidad de “manifestación” incesante, “en virtud del carácter inagotable de lo íntimo”, que la separa de la dialéctica (pensada por analogía con lo material y espacial) entre “interior” y “exterior” (1994: 1893). Señala pues una “tensión”, porque la intimidad verbalizada exhibe la compleja trama de los hilos que la tejen y destejen, entre el lenguaje y la realidad, desde el sujeto que se construye al “contar-se” y el lector que se interpreta a sí mismo y se hace dueño de ese espacio subjetivo que le habilita el texto. La escritura poética

del yo íntimo se ofrece como un lugar de confluencia del “sí mismo” con la alteridad.

1. Etimologías curiosas y recorridos genealógicos

Según nos dicta el diccionario, la intimidad es aquello que está contenido en lo más profundo de un ser: el fondo interior, la convicción, el sentimiento. El término proviene del griego “*entos*”, que significa “lo que está en el fondo, muy adentro, retirado, oculto, secreto, recóndito”, del que deriva en latín el adverbio de igual significado “*intus*”, y de ahí el comparativo “*interior*” (más dentro que) y el superlativo “*intimus*” (lo más adentro). Resultan elocuentes los usos del vocablo en la lengua latina clásica, ya que verificamos que no existe como sustantivo sino sólo como adjetivo, para indicar una cualidad, un atributo, que se aplica a objetos tanto materiales como inmateriales. Valgan dos ejemplos representativos, referidos a la interioridad o a la esfera de las relaciones afectivas: en Cicerón leemos “*in eo sacrario intimo*” (“en aquel recóndito santuario”); en Nepote, “*intima amicitia*” (“amistad íntima”).³

Como sustantivo, San Agustín es uno de los primeros en usarlo como vocablo análogo a “interioridad”, a esa “zona espiritual íntima y reservada de una persona”, que apunta a “lo más particular de los pensamientos, afectos y asuntos interiores” (Béjar, 1989: 41). En sus *Confesiones*, aparece por primera vez la exigencia de un autoanálisis y la novedad histórica de la autoexploración como camino para llegar a Dios: “*Noli foras ire, in teipsum redi; in interiore homine habitat veritas*” (“No salgas afuera; vuelve a ti mismo. La verdad mora en el hombre interior”) (Taylor, 1996: 145). El repliegue al interior tiene que ver con esa luz divina que ilumina el alma (sustrato religioso), pero también abre cauce a la necesidad de auto-conocimiento de sí, ya que “el acto de conocer es individual” y “mirar hacia este proceso es mirar al yo” (1996: 146). Este “vuelco hacia el yo” impuso “el lenguaje de la interioridad” con un “punto de vista en primera persona”, que generó la

³ Cfr. *Diccionario Latino-español* (VVAA, 1974: 265).

idea de un “ámbito especial” sólo asequible al yo “fuera del mundo de las cosas que experimentamos” (1996: 147).

Este *homo psychologicus*, que constituyó lo que entendemos por sujeto occidental, desempeñó un papel fundamental en la conformación de la subjetividad moderna. Obviamente se trata de una construcción histórica, “un modo de producir el yo que se impuso en determinado período de la cultura occidental pero que de ninguna manera contempla al sujeto humano universal en su conjunto”, pues como bien afirma Charles Taylor en su monumental estudio, “las ideas modernas de interior y exterior son extrañas y sin precedentes en otras culturas y épocas” (1996: 153).

Paula Sibilia, desde un ángulo contemporáneo que aborda la intimidad como “espectáculo”, también rastrea su genealogía y señala que “la noción de interioridad fue inventada, pertenece a un tipo de formación subjetiva que emergió en un contexto determinado” y “deriva de una noción internalista de la mente que remite al teatro cartesiano de la glándula pineal. Su germen es mucho más antiguo, se remonta a la lejana Alejandría del siglo I a.C. a través de Séneca, Epícteto y Marco Aurelio” (2008: 106). San Agustín fue retomado por Descartes en su idea de volverse hacia dentro, afinando la interioridad inmaterial en la mente o el alma, para alcanzar la verdad por medio de la duda metódica, llegando al dominio de sí mismo gracias al ejercicio radical de la racionalidad (Sibilia, 2008: 109). Las “fuentes morales del yo” fueron así retiradas de los terrenos divinos y conducidas hacia el interior del sujeto racionalista (Taylor, 1996: 207).

Pero antiguamente, nos recuerda Bajtin en su *Teoría y estética de la novela*, la vida entera era pública; el ágora, el foro, el mercado, la calle, la plaza, conformaban un solo espacio para la familia patriarcal. Para los griegos “no existía todavía el hombre interior, el *hombre para sí* (yo para mí) ni un enfoque especial del sí mismo” y “el hombre era *por completo exterior*” (1991: 286, destacado en el original). Aún más, para el griego de la época clásica “toda la existencia era *visible y audible*” y “la vida interior sólo podía existir manifestándose exteriormente”. No hay pues “centro invisible” (dentro), sino que el “interior” “existía *fuera tanto para los demás como para sí*” (1991: 287, destacado en el original). Pero me interesa subrayar cómo interpreta

Bajtín esta “exterioridad” del yo, cuando afirma que “no podía haber nada íntimo-privado, personal-secreto, vuelto hacia sí mismo, aislado en lo esencial. Ese hombre estaba abierto en todas las direcciones” (1991: 285). Ese “exterior en el que se revela y existe el hombre” no era el “desierto del mundo” sino su pueblo, de modo que “estar fuera significa[ba] *ser para otros*” (1991: 288, el destacado es mío).

En la época helenística y romana comenzará un lento proceso de transferencia “*hacia un registro mudo y una invisibilidad esencial*”, pero no llegará a concluirse “ni de lejos en la antigüedad” (1991: 287, destacado en el original). Y aquí sitúa Bajtín, en esta figura del hombre “privado y aislado –el hombre para sí–”, que ha perdido “el cronotopo popular de la plaza pública”, la aparición de “la soledad”; como “no pudo encontrar otro cronotopo, igualmente real [...], por eso se desintegró y se aisló, se convirtió en abstracto e ideal” y “descubrió en su vida privada muchísimas esferas” destinadas a una “expresión íntima” (1991: 288). Es así como “numerosas pequeñeces de la vida privada” se convierten ahora en significativas, y aún la naturaleza ingresa como “paisaje” a este nuevo universo privado (1991: 296), al tiempo que “los acontecimientos de la vida íntimo-personal” cobran “una importancia colosal” (aunque su “trascendencia sea ínfima para los otros”). Se avanza hacia una nueva actitud “ante el propio yo, sin testigos, sin dar derecho a voz a un tercero” (1991: 297).

Michel Foucault, al proponer su “hermenéutica del sujeto” a partir de ciertas prácticas discursivas y de comportamiento, señala también que en la antigüedad griega el sujeto habitaba un espacio considerado público y no poseía la experiencia de lo que hoy llamamos interioridad. Los principios del “cuidado de sí” indicaban cómo el hombre debía gobernarse a sí mismo, como única vía posible para ser capaz de gobernar a los otros y presidir la *polis*. Pero, “¿qué es este sí mismo al que hay que cuidar?”, se pregunta Foucault. Y advierte que tiene dos sentidos: “*Auto* significa *lo mismo* e implica la noción de identidad”, pero “el sentido más tardío desplaza la pregunta” a: “¿cuál es el marco en que podré encontrar mi identidad?” (1990: 58). El cuidado de sí no es pues “el cuidado del alma como sustancia” inmaterial, sino el cuidado de las actividades del yo (conocimiento, contemplación, acción). El “conócete a ti mismo délfico está subordinado al

cuidado de sí” (1990: 60). Y me interesa destacar que en su reflexión en torno a las actividades implicadas en este *cuidado de sí*, anota la escritura como “una de las tradiciones occidentales más antiguas” (muy anteriores a la reforma o al romanticismo): “El sí mismo es algo de lo cual hay que escribir, tema u objeto (sujeto) de la actividad literaria” (1990: 62).

Con el Renacimiento y la Reforma religiosa, nacería entonces lo que entendemos como “vida privada”, a partir de la “familia nuclear”, como un repliegue de la vida sobre sí misma hasta crear un ámbito propio; y en continuidad con esta esfera (de la *privacy*) surge la intimidad. Frente a la interpersonalidad de la vida privada, el nuevo repliegue es ahora de la persona sobre sí misma con el establecimiento de una barrera, la vigencia social del pudor, la creación de un fuero interno (Aranguren, 1989: 19). El siglo XVIII es testigo del comienzo de afirmación de esta subjetividad moderna a través del surgimiento de muchas formas autobiográficas, diarios, epistolarios, y posteriormente la novela realista en el siglo XIX. Cuando el mundo burgués trata de rescatar lo privado a través de las emociones subjetivas y sentimientos, la vivencia de la cotidianeidad y la exaltación de lo íntimo, se comienza a constituir lo que Jürgen Habermas estudia en su *Historia y crítica de la opinión pública* (1990). La intimidad frente a la “civilidad”, de la que habla Roger Chartier a propósito de una *Historia de la vida privada*, irá “ganando terreno por obra del predominio de nuevas prácticas de la literatura que convertirán ese ámbito privado, ya constituido y protegido, en objeto privilegiado del más público de los discursos” (2001: 165). De la mano de la burguesía, lo privado emergerá de los lugares comunes y sociales: en las conversaciones y tertulias de los cafés, los clubes, salones y teatros. Allí se irá conformando ese magma indeterminado de la llamada *opinión pública*, que a la vez que intenta contener la invasión política del poder absolutista sobre las vidas, expresa un espacio de reivindicación de lo individual.

Richard Sennet examina este proceso de “declive” de la vida pública en el siglo XIX y la consecuente valoración del ámbito privado, “el régimen de la autenticidad” donde la persona experimenta su “interior” como un refugio y a la vez un tesoro interior altamente expresivo (1978: 71). Uno de los elementos de la sociabilidad intimista, que terminará ahogando al hombre público, es este régimen de autenticidad en la creación del yo y la

interacción con los otros. Resguardados en el hogar, los sujetos modernos podían sacarse la máscara que exhibían en los ambientes públicos (1978: 112). En este sentido, otra vez recordemos al poeta Auden cuando detecta en la “*weltanschauung*” contemporánea: “la desaparición del ámbito público como esfera de revelación de lo personal”, pues “hoy el significado de los términos público-privado se ha invertido. La vida pública es la vida necesariamente impersonal [...] y es en la vida privada donde puede manifestarse su libertad personal” (1999: 95).

2. La imprecisa senda de las definiciones

La intimidad es sin duda una faceta muy compleja dentro del proceso de representación literaria de la subjetividad. Son múltiples las disciplinas que intentan definirla (la sociología, la antropología, el psicoanálisis, la historia cultural) y arrastran en general los problemas filosóficos derivados de la noción de sujeto. Para el filósofo José Luis Aranguren “es una creación moderna que supone otro espacio que la envuelva, el de la vida privada” (1989: 18). Y aporta una de las definiciones más enriquecedoras e integrales, que excede la reducción al ámbito de la confidencia o los sentimientos, para incluir los procesos de auto-análisis e introspección meditativa que tienen lugar en la conciencia del sujeto:

¿Qué es pues la intimidad? Es ante todo vida interior, relación intrapersonal, reflexión sobre los propios sentimientos, conciencia moral y gnoseológica, y también auto-narración y auto-interpretación, contarse a sí mismo la propia vida y la subjetividad, sintiéndolas como tales (1989: 20).

A la vida íntima pertenecen también las relaciones interpersonales cuando adquieren confidencialidad, como la relación amorosa y erótica; pero entran de igual modo los ritos sociales que modulan nuestra afectividad, los impulsos culturales, los usos y hábitos que cruzan de manera intermitente las lábiles fronteras entre lo privado y lo público. Estas dos esferas se imbrican en lo íntimo; son “distinguibiles pero inseparables, y cambiantes a

través del tiempo, aún en la misma persona” (1989: 21).

Sin duda, acierta Carlos Castilla del Pino cuando expresa que “la intimidad es una cosa que usamos a diario aunque no sepamos con exactitud qué significa y necesitemos el contexto para definirla”. Porque a menudo la usamos para aludir a “lo inaccesible del sujeto, incluso lo indecible”, pero también en otras ocasiones la reducimos al “ámbito privado de la relación secreta habida entre dos, como es la relación amorosa o la confidencialidad” (1989: 9).

Como sustantivo la *intimidad* se ha definido de diversos modos: “amistad íntima, confianza grande en el trato”, “zona espiritual íntima y reservada de una persona o de un grupo, especialmente de una familia”, “parte reservada a lo más particular de los pensamientos, afectos y asuntos interiores de una persona, familia o colectividad” (Béjar, 1989: 41). La intimidad se entiende así como el dominio interno, la esfera más sagrada de la persona y apunta también al ámbito familiar. Habría tres grupos de sinónimos implicados –que se solapan con los de privado–: aquellos que aluden a los adentros, al fuero interno de la persona, lo oculto y recóndito; los que aluden a lo subjetivo y espiritual y, por último, los que se circunscriben a lo familiar y doméstico. En ocasiones aparece conectada a la noción de “secreto”, como aquello que no se dice públicamente y se guarda para la intimidad. Una especie de “segundo mundo” en el que se ocultan “los asuntos centrípetos del individuo”, “última recámara”, interior cuya violación afecta al yo en su centro más vital.

Pero sin duda hay total coincidencia en que la intimidad es una dimensión de la interioridad que, sin renunciar a ser un hecho individual, está asociada a la objetividad del mundo real. En palabras de Georges Bataille, existe una franja en la que “mi experiencia interior coincide con la de los demás y me hace comunicar con ellos” (1992: 52-54). Oportunamente Raymond Williams acuñó la noción de “estructuras del sentir” (1997: 154) para diferenciarlas de conceptos como ideología o cosmovisión, y de paso dar nombre a esos “significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente”, junto con sus relaciones con creencias y prácticas culturales. Incluso se atrevió a proponer como noción alternativa la de “estructuras de

la experiencia”, para definir “una experiencia social que todavía se halla en proceso, que a menudo no es reconocida verdaderamente como social, sino como privada, idiosincrásica e incluso aislante” (1997: 155). Es decir que la intimidad es impensable sin la dimensión social que la atraviesa.

Aunque algunos críticos argumentan que lo íntimo es algo “inexpresable e intransferible”; es la vivencia como “un conglomerado ideológico-emocional” (Puértolas, 1989: 15), que no puede ser “expresado” por el lenguaje. José Luis Pardo, desde un enfoque filosófico anclado en las teorías informacionales, piensa la intimidad como una dimensión irrepresentable del yo en el discurso: “La intimidad aparece en el lenguaje como lo que el lenguaje no puede (sino que quiere) decir”, como mero “efecto del lenguaje” (1996: 53, 55). Pero, de hecho, el lenguaje *per se* no quiere (o puede) *decir* desarraigado de sus sujetos. Obviamente, lo que él llama “el doblez del lenguaje” (denotación-connotación) produce esa sensación de que “lo que las palabras *quieren* decir (la intimidad)”, “*no pueden* decirlo”, ni traducir tal cual “el modo en que son sentidas” (1996: 60). El uso, el sentido común y la vigencia de un pacto socio-lingüístico sólo es operante para él en la “dimensión pública” de la lengua, confinando la intimidad a “la cara oscura del lenguaje” (1996: 77). Sin embargo, en otro pasaje de su libro, reconoce que “la idea de que la intimidad nada tiene que ver con el lenguaje no ha producido solamente la desdichada ilusión de una intimidad sin lenguaje, sino también la monstruosidad teórica y práctica de un lenguaje sin intimidad”, con la devastadora consecuencia ulterior: “la intimidad es desterrada al desierto de lo inefable” y “el lenguaje se convierte en artificio, en superchería” (1996: 56). Acordamos así con su reflexión final de que la intimidad no sería pues “un fondo inefable que sólo yo sé y no puedo compartir”; por el contrario, presupone a “los otros” y conlleva una idea de comunidad implícita. Está “cosida al lenguaje” y es pues “comunicable” (1996: 145). Pues, como bien destacará Beatriz Sarlo en su estudio sobre las formas de inscripción de la memoria, “el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, *lo común*” (2005: 29).

La puesta en lenguaje de la intimidad excede pues la persona individual del autor empírico; se juega en una arena social donde cobran voz y rostro

figuraciones de subjetividad que coagulan imaginarios históricos y culturales determinados. Ese espacio y tiempo de la intimidad se erige sobre un sustrato común. Vivencia, experiencia, universo afectivo, introspección, pasiones y emociones, la intimidad que nos ofrece la poesía es construida y recuperada por el lenguaje, sin la ingenuidad de la reproducción ni el fatalismo de lo indecible. Su retracción a la exposición pública no significa que no sea capaz de verbalizarse. Precisamente, su naturaleza interiorizada señala esta tensión entre lo comunicable y lo recóndito.

3. La fábrica del yo íntimo: Materiales y coordenadas de la intimidad

La intimidad verbalizada en la literatura se alimenta de esos esquemas sociales (“rituales de intimidad”) que son reapropiados por la subjetividad del autor y traducidos a un idioma común.⁴ Para un historiador de la vida privada como Roger Chartier, “la intimidad exige lugares recogidos, espacios separados en donde pueda encontrarse soledad, secreto o silencio”, como “el cuidado del cuerpo, las funciones naturales o los gestos del amor” (2001: 161). Y en esa historia de lo privado la práctica literaria “fundamenta su verdad en el yo que se explora, se exhibe y se exalta”, ofreciendo “a la curiosidad pública el ámbito privado más recóndito, el de los afectos, los sentimientos y, a veces, las perversiones” (2001: 164).

Una manera de aproximarnos a las realizaciones literarias contemporáneas de la intimidad es tratar de describir sus predicados más comunes, dirimir sus espacios de despliegue, descubrir esos “refugios de la intimidad” que Orest Ranum analiza como una “arqueología de lo íntimo”, donde focaliza los lugares, discursos y objetos que el hombre ha asociado a su ser íntimo a lo largo de la historia. Cada “recuerdo-espacio” y “recuerdo-objeto”, si bien pertenecieron a personas particulares, derivaron en significados codificados, perfectamente comprensibles en su cultura para los demás. El jardín, la alcoba, el oratorio o la sortija, el retrato y el peine, se

⁴ Véase el desarrollo de esta categoría en el capítulo titulado “Rituales de intimidad” en mi libro *Palabras en el cuerpo* (2007).

convierten en “lugares y objetos de virtualidades”, que nos abren al “ámbito particular de una intimidad” (2001: 206). Este “recuento de la intimidad” puede rastrearse en “tres rúbricas” según Ranum: “la de los *lugares favoritos* propicios para las relaciones con otra persona; la de los *objetos-reliquia* dotados del poder de recordar los amores y las amistades y, por último, la de las *huellas* que se conservan, en imagen o por escrito, de la existencia íntima” (2001: 208), es decir las intimidades atrapadas en el papel, verbalizadas en la literatura como escenas de lenguaje.

Por otra parte, cabe destacar aquí uno de los intentos más lúcidos por escribir una historia de la poesía desde la inscripción del yo íntimo. El poeta y ensayista español Luis García Montero, autor de *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*, sostiene que “la historia de la poesía es terreno privilegiado para plantearse una interpretación de la intimidad, una búsqueda no sólo de lo que han sido los hombres y las mujeres, sino de cómo se han pensado a ellos mismos, en qué *yo* han justificado esos valores tan esenciales y objetivos que parecen no necesitar una justificación” (2000: 12). Para ello, el autor nos ofrece en dicho libro un trazado imaginario de lo que él denomina la “historia íntima de la lírica”, el lento bordado de ese “sexto día” del relato del Génesis, el de la “fabricación del yo”. En el recorrido crítico sobre la serie literaria explora la articulación de la subjetividad en la tradición poética y postula la noción de “intimidad” como eje desde el cual leer dicha “historia”. Analiza la obra de algunos poetas significativos “por la vinculación que tuvieron con su tiempo y por el modo en que fueron escribiendo el curso de nuestra intimidad”. En una entrevista reciente afirma:

En *El sexto día* quise tratar la distinta configuración del yo a lo largo de la historia, las diferencias que existen, por ejemplo, entre el *yo* de un siervo medieval (Gonzalo de Berceo), el *yo* de un ilustrado que confía en los equilibrios, dentro de la subjetividad unitaria, entre la razón y el sentimiento (Meléndez Valdés) y el sujeto escindido del romanticismo (Espronceda) o de la vanguardia (Cernuda). El *yo* se elabora en la historia; es una ficción, que se vive de verdad, como las buenas ficciones literarias. (2010: 257-258)

Este buceo le permite postular la palabra como “metáfora de los vínculos íntimos del ser humano con la sociedad, no ya en la voluntad solidaria, sino en la misma producción de sentido que hay siempre bajo los sentimientos de un *yo*”. Por eso afirmará que “el mundo pasa por la lectura de la propia intimidad” y su indagación es “un compromiso histórico” (2008: 18, 34). A la hora de desarrollar más su reflexión, va a manifestar de manera tajante:

La intimidad forma parte de la distribución ideológica de nuestra sociedad. Se han delimitado bien tres espacios: el público, el privado y la intimidad. Las relaciones políticas, económicas, que pueden situarse en la plaza forman el espacio público. Este espacio se sostiene en las relaciones familiares, en los intereses particulares, en la casa, que es el ámbito de lo privado. Y la intimidad es algo así como nuestro cuarto, nuestra habitación propia, donde hacemos o pensamos lo que no queremos que se vea ni en la plaza ni en el salón de estar. La verdad es que ni siquiera queremos que se vea del todo en nuestra cama, cuando estamos con nuestra pareja; porque la intimidad profunda la crea el secreto, lo que callamos, lo que forma parte de nuestra imaginación, el lugar de la culpa o del deseo más radical. Los tres espacios son históricos, están definidos por la sociedad. Lo que nos callamos, nuestros secretos, lo que nos constituye sin representación, o con miedo a la representación directa, se modela frente a la sociedad, pues sólo ante ella podemos definir lo que deseamos y lo que debemos callar. (2010: 259)

Sabemos que no hay posibilidad de afirmar la identidad sino a través de la intersubjetividad, pues todo relato de una experiencia es en algún punto plural y colectivo, expresión de una época, clase, grupo, generación; una narrativa común de identidad aunque emerja desde el anonimato de la vida particular o se regodee en el secreto y la confidencia. La exaltación de lo privado e íntimo en la poesía contemporánea no ignora su radical historicidad; la intimidad como categoría estética no se opone pues a la dimensión social, sino más bien convoca una serie de valores que implican la experiencia humana colectiva, desde un registro interiorizado.

Los territorios de la intimidad no cancelan nunca su naturaleza social e histórica, aunque en muchos casos la subjetividad emergente de estas “tensiones” reformule ambos espacios, redistribuyéndolos en su geografía emocional. En la poesía actual, tópicos tradicionalmente adscritos a esta categoría de “lo íntimo” (como el amoroso/erótico, la escena familiar y afectiva, la introspección meditativa y el auto-análisis o la proyección autobiográfica de la interioridad) son retomados y enaltecidos a través de una variedad de registros y retóricas, que van desde diversas formalizaciones de un realismo histórico o figurativo, hasta versátiles técnicas de experimentación discursiva e irracionalismo simbólico, o cauces elegíacos de fuerte tono metafísico y existencial. Los discursos poéticos de la intimidad no establecen pues retóricas excluyentes, ni pertenecen a paradigmas historiográficos únicos. No cancelan la meditación social (como parte de la crítica ha querido convencernos, oponiendo falsamente intimidad y compromiso), ni pueden ser desplazados de la historia en la que se inscriben. No hay oposición de fondo entre ambas esferas, sino modulaciones distintivas de una *tensión* nuclear que compromete múltiples aspectos de la obra poética: las posiciones de sujeto y la construcción de la subjetividad discursiva, la ética pública y privada implicada, el protagonismo del universo afectivo y emocional en la semiosis estética, la figura del escritor y su función en la sociedad.

Bibliografía

- Aranguren, José Luis (1989): "El ámbito de la intimidad". *De la intimidad*. Carlos Castilla del Pino ed. Barcelona: Crítica, pp. 17-24.
- Arfuch, Leonor (2002): *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- Auden, W. H. (1999): *La mano del teñidor. Ensayos sobre cultura, poesía, teatro, música y ópera*. 1948. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Bajtín, Mijaíl (1991): *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Bataille, Georges (1992): *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Béjar, Helena (1989): "Individualismo, privacidad e intimidad: precisiones y andaduras". *De la intimidad*. Carlos Castilla del Pino ed. Barcelona: Crítica, pp. 33-58.
- Castilla del Pino, Carlos (1989): "Introducción". *De la intimidad*. C. Castilla del Pino ed. Barcelona: Crítica, pp. 9-16.
- Chartier, Roger (2001): "Figuras de la modernidad". *Historia de la vida privada*. Philippe Ariès y Georges Duby eds. Tomo 3. *Del Renacimiento a la Ilustración*. R. Chartier ed. Madrid: Taurus, pp. 31-36.
- De Certeau, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano*. Vol. 1. *Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- De la intimidad* (1989): Carlos Castilla del Pino ed. Barcelona: Crítica.
- Ferrater Mora, José (1994): *Diccionario de filosofía*. Tomo II. Barcelona: Ariel.
- Formas de hacer historia* (1996): Peter Burke ed. Madrid: Alianza.
- Foucault, Michel (1990): *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.
- García Montero, Luis (2000): *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*. Madrid: Debate.
- (2008): "Hacia las conciencias a través del corazón. Conversación con Luis García Montero". Entrevista realizada por Arantxa Gómez Sancho. *Insula 737*, pp. 34.
- (2010): "Luis García Montero: Conversaciones con el autor de *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*". Entrevista realizada por Laura Scarano. *Sermo intimus. Modulaciones históricas de la intimidad en la poesía española*. L. Scarano ed. Mar del Plata: EUDEM, pp. 253-273.
- Habermas, Jürgen (1990): *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Pardo, José Luis (1996): *La intimidad*. Valencia: Pre-Textos.
- Peña-Marín, Cristina (1989): "El discurso de la intimidad". *De la intimidad*. Carlos Castilla del Pino ed. Barcelona: Crítica, pp. 77-96.
- Puértolas, Soledad (1989): "Literatura de la intimidad". *De la intimidad*.

- Carlos Castilla del Pino ed. Barcelona: Crítica, pp. 119-149.
- Ranum, Orest (2001): "Los refugios de la intimidad". *Historia de la vida privada*. Tomo 3. Philippe Ariès y Georges Duby eds. *Del Renacimiento a la Ilustración*. Roger Chartier ed., pp. 205-251.
- Real Academia Española (1992): *Diccionario de la lengua española*. Dos tomos. Madrid: Espasa-Calpe.
- Revel, Jacques (2001): "Los usos de la civilidad". *Historia de la vida privada*. Philippe Ariès y Georges Duby eds. Tomo 3. *Del Renacimiento a la Ilustración*. Roger Chartier ed. Madrid: Taurus, pp. 167-204.
- Sarlo, Beatriz (2005): *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scarano, Laura (2007): *Palabras en el cuerpo: Literatura y experiencia*. Buenos Aires: Biblos.
- (2009): "Rituales de intimidad. Cuerpo, experiencia y lenguaje", *Celehis XXVII/20*, pp. 205-228.
- (2010): "Intimidante intimidad. Etimologías, genealogías, parentescos". *Sermo intimus. Modulaciones históricas de la intimidad en la poesía española*. L. Scarano ed. Mar del Plata: EUDEM, pp. 7-23.
- Sennet, Richard (1978): *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.
- Sibilia, Paula (2008): *La intimidad como espectáculo*. México: FCE.
- Taylor, Charles (1996): *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.
- VVAA (1974): *Diccionario Latino-español*. Barcelona: Sopena.
- Williams, Raymond (1997): *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Resumen

La verbalización de la intimidad es una forma de modelizar la vida social; es una puesta en sentido ético, estético y social que engendra modelos culturales, más que reflejos fotográficos de individuos aislados; configura *vidas de papel* que funcionan como hipótesis plausibles de la inaprensible existencia social encarnada en la interioridad personal.

Palabras clave: intimidad - poesía - privado-público

Abstract

Verbalization of intimacy is a form of modulating society from the private perspective, that always includes a public dimension. In an ethical, aesthetic and social sense, the intimate-self written by poetry represents cultural models, more than photographic reflections of isolated individuals. It offers subjective roles and it articulates different identities that can be “used” as plausible hypothesis of how each individual experiences social life from its most inner and personal dimension.

Keywords: Intimacy - Poetry - Private-Public